

ARAGÓN DESGAJADO: LOS EXILIOS REPUBLICANOS DE 1939¹

Alberto SABIO ALCUTÉN*
Universidad de Zaragoza

Al terminar la Guerra Civil, o en los meses anteriores, miles de personas salieron de España por diferentes puntos fronterizos para salvar la vida, mantener sus ideas o intentar tener una oportunidad de futuro. Se marchó todo un caudal de ciencia y de cultura. Fueron *arrojados fuera*, si traducimos al pie de la letra la palabra *exilio*. Por este libro transitan hombres y mujeres que hicieron gala de un componente ético innegable, que fraguaron las bases de un futuro distinto y democrático, pero que no han tenido demasiada consideración pública posteriormente. No podemos dejar que sus expedientes sigan durmiendo el sueño de los justos en viejas carpetas, sino que, como han hecho otros historiadores anteriormente,² hemos de alumbrar su experiencia y alentar el conocimiento y el orgullo por estos exiliados aragoneses entre nosotros, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos.

A veces, sin embargo, tenemos una imagen demasiado simplificada del exilio, que suele ir desde la salida por el puerto de Bielsa en 1939 hasta las escalerillas de los aviones por las que bajaron Rafael Alberti y la Pasionaria en abril y mayo de 1977. Pero ¿qué les sucedió en esos cuarenta años intercalados entre ambas fechas a muchos aragoneses que salieron hacia México, Francia, Argentina, Uruguay, Cuba o Venezuela?, ¿qué epopeyas vitales recorrieron? Este libro pretende visibilizar a estos exiliados y a sus descendientes de generación en generación, sus experiencias, sus

* asabio@unizar.es

¹ Este texto figura como «Introducción» al volumen *Aragón desgajado: los exilios republicanos de 1939*, coordinado por Alberto Sabio Alcutén y publicado en 2020 por Ediciones Doce Robles y el IEA como fruto de las jornadas celebradas en Huesca en octubre de 2019 en conmemoración del 80.º aniversario del éxodo republicano tras la Guerra Civil.

² Para el estudio de la diáspora de aragoneses, véase *Destierros aragoneses*, vol. II: *El exilio español del siglo XIX y la Guerra Civil*, Zaragoza, IFC, 1988; y Eloy Fernández Clemente, *Los aragoneses en América (siglos XIX y XX)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2003.

frustraciones y sus alegrías, sus adaptaciones a una nueva vida. El exilio impuso precariedad y obligó a adaptarse a los códigos sociales y culturales de un nuevo mundo. No hubo más remedio que adoptar estrategias de supervivencia versátiles y en constante evolución. Así pues, estamos ante cuestiones que, además de su indudable interés académico e historiográfico, afectan a la cultura cívica e histórica del conjunto de la sociedad española actual.

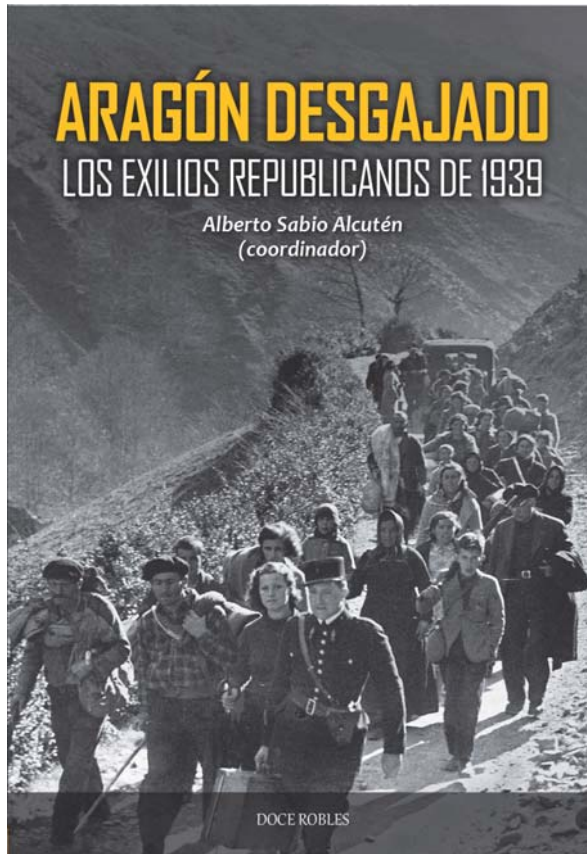
Muchos de estos exiliados aragoneses, inmersos en un nuevo contexto, no se conformaron con hacer una fiesta de consolación en el andén de la historia, sino que se implicaron en el devenir social, económico y cultural de sus países de destino. Lo que se sembró en España, gracias por ejemplo a la Junta de Ampliación de Estudios, presidida por Ramón y Cajal hasta 1934, dio sus frutos en varias naciones americanas.

En muchos casos, como se deja ver en las siguientes páginas, un primer exilio tuvo lugar en Francia, casi siempre en campos de concentración entre alambradas o semienterrados en las playas. La avalancha migratoria vino provocada por el desenlace de la Guerra Civil. Se produjo, en palabras de Primo Lévi, un peligroso «deslizamiento por la ladera de la pérdida de derechos del otro». Estos espacios insalubres acogieron a miles de refugiados, incluidos mujeres, niños y ancianos. Max Aub, en uno de sus cuentos más logrados, *El limpiabotas del Padre Eterno*, narró las vicisitudes de estos perdedores. Y en otro texto, *Campo de los almendros*, resumió la situación de modo concluyente:

Estos que ves ahora deshechos, maltrechos, furiosos, aplanados, sin afeitar, sin lavar, cochinos, sucios, cansados, mordiéndose, hechos un asco, destrozados, son, sin embargo, no lo olvides nunca pase lo que pase, son lo mejor de España, los únicos que, de verdad, se han alzado, sin nada, con sus manos, contra el fascismo, contra los militares, contra los poderosos, por la sola justicia; cada uno a su modo, a su manera, como han podido, sin que les importara su comodidad, su familia, su dinero. Estos que ves, españoles rotos, derrotados, hacinados, heridos, soñolientos, medio muertos, esperanzados todavía en escapar, son, no lo olvides, lo mejor del mundo. No es hermoso. Pero es lo mejor del mundo. No lo olvides nunca, hijo, no lo olvides.³

Un rasgo común a todos los personajes que asoman por este libro fue el rescoldo ibérico: *les dolía España*. No olvidaron sus raíces, aunque fuese como manifestación nostálgica, e intentaron inculcárselas a sus descendientes. Buñuel podría haber sido un cineasta mexicano, francés o estadounidense. Lo habría tenido facilísimo, pero prefirió sentirse español. Es más, algunos practicaron un exacerbado nacionalismo español para aferrarse a su identidad. Hasta hubo quien apuntó a sus hijos y sus hijas a clases de sevillanas, aunque no les gustasen ni a los padres ni a los hijos. Otros se pusieron a escribir para no olvidar su lejana patria. Fueron gentes que seguían en vilo las noticias sobre España, aunque poco a poco quedasen

³ Max Aub, *Campo de los almendros*, Madrid, Castalia, 1968.



Portada del libro.

atrás tanto el paisaje como el paisaje españoles. Pasaron los años y estas gentes desembarcaron en una vejez diferente, muy distante de sus afectos de infancia. Lo expresó así María Teresa León: «Estoy cansada de no saber dónde morirme. Esa es la mayor tristeza del emigrado».⁴

Entre los países de destino, México estuvo por encima de los demás, como se muestra en este libro y en obras anteriores.⁵ El Gobierno de Lázaro Cárdenas

⁴ María Teresa León, *Memoria de la melancolía*, Buenos Aires, Losada, 1970.

⁵ Alicia Alted Vigil, *La voz de los vencidos: el exilio republicano de 1939*, Madrid, Aguilar, 2005; José Manuel Aznar Soler et alii (coords.), *El exilio republicano de 1939: viajes y retornos*, Sevilla, Renacimiento, 2014; Jorge de Hoyos Puente, *La utopía del regreso: proyectos de Estado y sueños de nación en el exilio republicano en México*, México D. F., El Colegio de México / Universidad de Cantabria, 2012; Clara E. Lida (comp.), *Una inmigración privilegiada: comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza, 1994; y, entre otros, Abdón Mateos López, *De la Guerra Civil al exilio: los republicanos españoles y México*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

acogió a casi veinticinco mil refugiados españoles. A ese país llegó un numeroso grupo de hombres de cultura (rectores, catedráticos, escritores, editores, pintores, músicos, actores, médicos, ingenieros, químicos...), pero también del mundo de los oficios. Muchos artistas, escritores e intelectuales republicanos prefirieron, por razones de lengua y de cultura, exiliarse en América, convencidos de que allí podrían encontrar un medio profesional más propicio para trabajar en editoriales, colaborar en periódicos y revistas, publicar sus libros, integrarse en las universidades, obtener unos mínimos ingresos económicos y rehacer así sus vidas. Sirvan también estas líneas como pequeño homenaje a México, patria de acogida de tantos exiliados aragoneses. Reconocer la obra y el valor de los entonces excluidos de España y de quienes fueron solidarios con ellos es un gesto de reparación moral.

Se ha dicho frecuentemente que los exiliados españoles fueron recibidos en México con todos los derechos ciudadanos, pero, y es un pero importante, no podían participar en política. En este sentido, fue un factor significativo en la cohesión del exilio español la creación de instituciones culturales como el Colegio Madrid, la Casa de España, la Academia Hispanomexicana (hoy desaparecida) o el Instituto Luis Vives. La cultura es un elemento de identidad particularmente necesario en situaciones de exilio y migración. Se comprende así el febril surgimiento de iniciativas de carácter intelectual, editoriales, centros de sociabilidad, universidades y escuelas. Les quedaba la cultura y la educación. En el libro se estudia con especial atención, de la mano de Sara Villarías, el Centro Republicano Español de México como lugar de asistencia y de tertulia. Fue inaugurado el 27 de marzo de 1939, se instaló en el antiguo local del Consulado y fue dirigido por varios aragoneses en sus diferentes etapas (Mariano Joven, Eduardo Castillo, Manuel Albar). Inició su andadura como una especie de bolsa de trabajo porque hubo muchas personas, sobre todo abogados y militares, que no pudieron ejercer sus profesiones y tuvieron que dedicarse a otros oficios. De ahí derivó en una institución que proporcionaba un ámbito de sociabilidad (reuniones, conferencias, homenajes...) hasta convertirse en el centro social más aglutinador del exilio en México. Ha sido considerado el estandarte oficial de la causa republicana, aunque el atributo *republicano* no se incorporó a su nombre hasta 1941. Por su parte, la constitución del Ateneo tuvo lugar el 4 de enero de 1949 y su primer presidente fue el aragonés Joaquín d'Harcourt (cuando estas líneas se escriben está presidido por un descendiente de aragoneses, Ernesto Casanova Caloto).

Aun cuando en este libro se aborda con detalle la trayectoria de dos mujeres exiliadas, María Luisa González o María Dolores Arana, gracias a las investigaciones de Víctor Pardo y Javier Barreiro, es cierto que la mayoría de las mujeres que partieron al exilio lo hicieron como hijas, esposas o madres, a veces ignoradas hasta en las estadísticas de embarque: es decir, la decisión de emigrar fue consecuencia de su situación familiar o sentimental. Lo reflejó muy bien Antonina Rodrigo al referirse a las personas que viajaban en el Winnipeg hacia Chile: «Al barco subieron

médicos, obreros industriales, mujeres, campesinos, profesores universitarios, periodistas, ingenieros". Todos eran algo, tenían una identidad, ellas también la tenían, pero seguían siendo tan solo *mujeres*». ⁶ Sin embargo, la mujer adquirió un protagonismo diferente al habitual, no porque cambiara radicalmente su figura o el papel que tenía asignado por su condición femenina, sino porque la nueva situación del exilio le añadió nuevas tareas.

La literatura y el arte tenían también entre estos exiliados la función de servirles para identificarse entre sí y presentarse ante los otros. En este sentido, el profesor Manuel García Guatas aborda en su capítulo el itinerario vital y profesional de artistas plásticos como Miguel Viladrich, que partió desde el castillo de Fraga hasta el exilio bonaerense; Ramón Martín Durbán, discípulo de Picasso y premio nacional de pintura en la Venezuela de 1949; José Alloza Villagrasa, soldado en la batalla del Ebro y dibujante años después en *Le Canard Enchaîné*, o Luis Marín Bosqued, comisario general en la defensa de Santander durante la guerra y luego gran retratista en México, donde pintó a figuras señeras como León Felipe, Alfonso Reyes, Pau Casals o el mariscal Tito, sin que falten otros renombrados artistas como José Cabrero Arnal, Manuel Viola u Honorio García Condoy.

Si de los pinceles pasamos a la letra impresa, no es difícil constatar que muchos exiliados aragoneses trabajaron en actividades que giraban en torno al libro como editores, traductores, libreros o bibliotecarios, como Juan Vicens de la Llave o María Luisa González, personajes abordados en este libro. Eran ocupaciones profesionales para las que estaban especialmente preparados, lo que denota también los avances de la República en esta materia y el gran valor simbólico del libro dentro del proyecto cultural republicano derrotado por las armas. Y es que el libro se convirtió en el vehículo imprescindible para defender las múltiples causas puestas sobre la mesa durante la República (justicia social, pacifismo, educación universal, laicismo ilustrado, etcétera). En palabras de Fernando Larraz,

a falta de otro suelo donde arraigar, la posibilidad de supervivencia del proyecto republicano dependía de libros que debían ser escritos, editados, fabricados y difundidos y cuyos contenidos podían afirmar una identidad que era mistificada y negada en el país que los exilió, en gran parte desconocida en los países que los acogieron y necesitada de cohesión ante la enorme dispersión geográfica.⁷

En suma, se trataba de defender, por medio del libro y de sus oficios, la cultura republicana del exilio.

De la figura de Ramón J. Sender se ocupan en esta publicación dos de los mejores especialistas mundiales en su obra: José Domingo Dueñas y Mary S. Vásquez. Es bien conocido que cuando Sender se exilió contaba ya con una producción

⁶ Antonina Rodrigo, *Mujer y exilio, 1939*, Madrid, Compañía Literaria, 1999.

⁷ Fernando Larraz, *El monopolio de la palabra: el exilio intelectual en la España franquista*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.

literaria muy importante. Había sido premio nacional de Literatura en 1935 por *Mr. Witt en el Cantón* y había publicado, entre otras novelas, *Imán, O. P. (Orden Público)* y *Viaje a la aldea del crimen*, además de innumerables artículos y reportajes periodísticos. Su periplo durante la Guerra Civil lo narró él mismo en *Contraataque*.⁸ A comienzos de marzo de 1939 consiguió embarcarse en Francia con dos de sus hijos en el U. S. Manhattan con dirección a Estados Unidos, desde donde se trasladaría poco después a México.⁹

Al poco de llegar a este país le robaron el pasaporte a Sender. Le costó encontrar trabajo y vivió modestamente de sus derechos de autor. Fue cofundador en México de la editorial Quetzal, donde publicaría varias obras suyas, como *Proverbio de la muerte*, *El lugar del hombre*, *Hernán Cortés* o *Mexicáyotl*. Resultó evidente el interés de Sender por el país de refugio (por ejemplo, en *Epitalamio del prieto Trinidad*),¹⁰ e incluso por toda América desde una perspectiva general (*La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*). Decidió marchar a Estados Unidos en 1942. Aun así, fue en México donde siguieron viendo la luz muchas de sus obras.

En Estados Unidos Sender conoció a Bertrand Russell y se reencontró con Henry Miller. Miembro desde 1943 de la Hispanic Society of America, desde esa institución se solicitó para él el Premio Nobel de Literatura en 1981. Encabezaba la propuesta otro aragonés, Ángel Alcalá.

Por el texto de José Domingo Dueñas asoman también José Ramón Arana, Benjamín Jarnés y Joaquín Maurín. Arana fue librero, escritor y editor de *Las Españas*. Así lo describió Simón Otaola:

Es fuerte y cuadrado. Tiene un porte exterior de capataz, de esos tremendos capataces que blasfeman y tiembla el firmamento. Tiene cara de palabrotas, de hombre feroz, de hombre látigo, de sargento Malacara. Le rascas, de corazón a corazón, y se observa que las apariencias se ceban en él a mansalva porque es, lo que se dice, un niño. Un niño gigantón y admirable que con dos tragos canta jotas inolvidables en las noches morrocotudas de Walpurgis.¹¹

Por su librería de la capital mexicana desfilaron personalidades como Niceto Alcalá Zamora, Manuel Altolaguirre, Jorge Guillén, Max Aub, Rafael Alberti, José Bergamín, Juan David García Bacca, Ramón Xirau, los Renau, Rodolfo Halffter, Eugenio Imaz, Juan Marichal, Margarita Nelken, el gran hispanista francés Marcel Bataillon, los aragoneses Benjamín Jarnés, Honorato de Castro, Simón Tapia, Ángel Samblancat, Joaquín d'Harcourt o Rafael Sánchez Ventura.

⁸ Véase, por ejemplo, la reedición de *Contraataque* publicada por Contraseña en 2016, con estudio introductorio de Alberto Sabio Alcutén.

⁹ Jesús Vived Mairal, *Ramón J. Sender: biografía*, Madrid, Páginas de Espuma, 2002.

¹⁰ Interés que había manifestado ya en su primer libro, *El problema religioso en Méjico: católicos y cristianos*, editado por Cenit en 1928.

¹¹ Simón Otaola, *La librería de Arana: historia y fantasía*, Madrid, Ediciones del Imán, 1999.

Benjamín Jarnés, por su parte, durante su travesía en el barco hacia México escribió *Alta mar*, donde hablaba de cómo los exiliados intentaban conjurar el miedo a lo desconocido:

Poco firmes, muchos de ellos, en sus aptitudes para las nuevas luchas, van buscando puntales externos que los sostengan en el nuevo ruedo [...]. Imaginan cualidades que no tienen, o ensanchan desafortadamente las que poseen. Sueñan en loterías fantásticas, en Eldorados maravillosos, excepto en esas horas en que la inquietud les corroe.¹²

En México escribió sus *Cartas al Ebro* en 1940, nueve años antes de morir en su casa de Madrid. Justo en 1949 se estableció Joaquín Maurín en Estados Unidos, a donde había llegado un par de años antes, y creó la American Literacy Agency, dedicada a distribuir artículos de columnistas, sobre todo hispanos. Resultan de gran interés las cartas que se cruzaron Maurín y Sender, correspondencia sobre la que trabajó el gran experto Francisco Caudet.¹³

No faltaron tampoco cruces de caminos, mucho más tangenciales, entre Sender y Buñuel. Así, en 1945 Sender se trasladó a Nueva York para trabajar como traductor y adaptador al español de la Metro-Goldwyn-Mayer, una tarea que también había desempeñado Buñuel, como indica Amparo Martínez en el texto que cierra este volumen. Amparo subraya los vínculos de Buñuel con otros exiliados aragoneses, en especial con Julio Alejandro y Rafael Sánchez Ventura. Así, «cuando a Buñuel le daban algún premio, muchos aragoneses nos reuníamos con él y le dábamos una cena en el Hotel Majestic. Allí se reunía un grupo de aragoneses antes de que hubiera un Centro Aragonés en México», contó en su día la exiliada turolense Elisa Vilatela.

Más allá de México, la diáspora de exiliados aragoneses alcanzó a otros países latinoamericanos. Por ejemplo, otros dos protagonistas de este libro, el pintor Agustín Alamán y el fiscal José Luis Galbe Loshuertos, se instalaron respectivamente en Uruguay y Cuba. En el momento en que se produjo este flujo exílico, la situación política uruguaya no era la más propicia y se interpusieron numerosas trabas legales para la entrada de inmigrantes. Así y todo, entre los exiliados que llegaron a Uruguay, quizá el más destacado fue el poeta, dramaturgo y ensayista José Bergamín, quien recalaría en ese país tras su paso por Francia, México y Venezuela. También es muy reseñable la presencia en Montevideo de la actriz Margarita Xirgu. Tampoco faltaron personalidades que vivieron un exilio compartido entre Buenos Aires y Montevideo, como Rafael Alberti y María Teresa León, que veraneaban en Punta del Este. Entre los aragoneses cabe destacar a Pablo Serrano y al ya mencionado Agustín Alamán. Del segundo de ellos, pero también de la ligazón entre ambos, se ocupa Esther Puisac en este libro.

¹² Benjamín Jarnés, citado por Francisco Miguel Soguero García, «Alta mar, el diario de Benjamín Jarnés a bordo del Sinaia», en Fermín Gil Encabo y Juan Carlos Ara Torralba (coords.), *La España exiliada de 1939: actas del congreso «Sesenta años después»*, Huesca, IEA, 2001, pp. 337-348.

¹³ Francisco Caudet (ed.), *Correspondencia Ramón J. Sender – Joaquín Maurín*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1995.

Por su parte, el Gobierno cubano mantuvo una postura de neutralidad hasta el final de la contienda. La Administración cubana toleró la actuación de grupos fascistas como Falange Exterior, pero también de organizaciones republicanas. Se impuso la posición de Estados Unidos de aceptar el principio de no intervención. Entre los escritores que arribaron a Cuba se puede destacar a Manuel Altolaguirre, Concha Méndez, Luis Amado-Blanco, Juan Chabás y el citado José Luis Galbe, fiscal del Tribunal Supremo durante la República y la guerra, además de escritor, como estudia en esta publicación Alberto Sabio.

La gran mayoría de estos exiliados, al regresar, cuando pudieron hacerlo, trajeron un discurso de paz y de reconciliación. A veces ese retorno se convirtió también en una tragedia desde el momento en que perdieron el sentido de la realidad. Fueron esos «escritores desubicados» a los que hace referencia José Domingo Dueñas en este libro, porque, en efecto, «el exilio distorsiona el trato con el mundo», según afirma José Andrés Rojo en el título de su aportación. Es más, a algunos exiliados les pareció que volver antes de tiempo era traicionar sus principios. Esa obsesión por el regreso quedó simbolizada, esta vez entre la tragedia y la comedia, con la obra teatral *La maleta*, de Paco Ignacio Taibo, con la maleta siempre preparada, a la espera de un retorno que parecía poder producirse en cualquier momento. Y tampoco faltaron chascarrillos alusivos, como el del dedo índice de la mano derecha de muchos exiliados desgastado de tanto apretar con él la mesa diciendo: «De mañana no pasa, de mañana no pasa...».

Este libro se gestó en el marco de las jornadas de estudio celebradas en Huesca en octubre de 2019 bajo la coordinación de José Domingo Dueñas, Luis Gómez Caldú y Alberto Sabio Alcutén. Organizadas por el Instituto de Estudios Altoaragoneses e inscritas dentro de las actividades de carácter nacional que conmemoraron el 80.º aniversario del exilio republicano de 1939, las jornadas contaron con la colaboración del Ayuntamiento de Huesca y el Instituto Cervantes de Toulouse, que aportó la exposición *Las publicaciones del exilio español en Toulouse: imprentas de la patria perdida*. El agradecimiento ha de hacerse extensivo a la editorial Doce Robles y al grupo de investigación H27_20D, *Transferencias culturales y proyección internacional de la cultura aragonesa, 1780-2000 (Transfercult)*, del Gobierno de Aragón (2020-2022).

¿Cómo se produjo la readaptación biográfica de algunos exiliados aragoneses en sus países de destino?, ¿qué actividades desempeñaron?, ¿cuáles fueron sus esperanzas y sus desesperanzas con respecto a España y cómo fueron cambiando a medida que avanzaba la segunda posguerra mundial?, ¿cómo interpretaron estos exiliados de larga duración el proceso de transición a la democracia en España?, ¿cómo se produjeron los retornos y en qué condiciones?, ¿hasta qué punto se encontraron con el pie cambiado en lo que constituye otro drama del exilio? Se ha escrito mucho y bien sobre algunos personajes del exilio, tanto en España como en México, pero siguen desconocidas o semiolvidadas las historias personales de cientos

de exiliados aragoneses. Y de miles más nada sabremos, a pesar del indudable avance historiográfico de los últimos años. Esos republicanos españoles amontonados en las playas de Argelès-sur-Mer recuerdan a otros parias sin patria, tan vulnerables y tan necesitados de empatía. Sirva también el recuerdo del exilio para vacunarnos contra las interpretaciones equidistantes y para que no miremos hacia otro lado ante los refugiados actuales que huyen de otros conflictos, de otros abusos y de otros tiranos pero tienen la misma necesidad de asilo y de afecto que los miles de transterrados españoles de hace décadas.

Huesca, otoño de 2020